



HOMBRES Y PUEBLOS ANTE LA FILOSOFIA

El asombro y la admiración, en el clásico sentido griego, surgen como estimulantes del pensamiento filosófico. El hombre está como inmerso en el cambiante acontecer cósmico; mas, asombrado ante la Naturaleza, se yergue frente a ella, adopta actitud de **misdad** humana, haciéndola objeto de conocimiento, le interroga anhelante, y se perfila entonces la irreductible dualidad de hombre y mundo, que se halla en la raíz del filosofar.

El pensar filosófico se da en todo hombre, con matiz diverso según su grado de cultura. "Todo hombre, al decir de Francisco Romero, posee una filosofía inmediata, lograda sin personal esfuerzo, por la sedimentación de una enorme masa de experiencias de sugerencias e imposiciones del ambiente, de elementos de todo orden donde se mezclan, abigarradamente, los datos teóricos y las tendencias e intereses de índole práctica".

"La filosofía es la conciencia propia de un mundo en movimiento", expresa en breve fórmula Shirokov, como para indicar que la filosofía es un partir de la conciencia, en una vuelta a la propia interioridad. De ahí que en la interrogación, no exenta de cierta angustia, qué soy yo y qué en el mundo se encuentra lo esencial de la problemática filosófica.

Si el pensar filosófico florece en todo hombre, también en todo pueblo se encuentran concepciones filosóficas, unas veces compenetradas de sentimiento religioso o envueltas en el ropaje del mito, y otras, sistematizadas en estructuras racionales autónomas. De ahí que en cualquier esquema de civilización la filosofía es uno de los elementos fundamentales y acaso la objetivación cultural que más transparenta el espíritu de un pueblo. Todas las culturas han tenido, pues, concepciones filosóficas.

REVALORACION DE LA FILOSOFIA ORIENTAL

Es indudable que el pensamiento filosófico de Occidente ha gravitado en torno del eje cultural greco-romano. Los historiadores de la filosofía hasta las primeras décadas de este siglo generalmente negaban la existencia de una filosofía oriental. Pero hoy no cabe sostener que sólo Grecia, Roma y los pueblos de la Europa medieval y moderna han ejercitado la reflexión filosófica. "Muchos otros hogares de especulación abstracta han sido encendidos, y hasta han brillado con vivos resplandores, en otros sectores de la humanidad".

Está en decadencia la concepción spengleriana de que cada cultura es totalmente independiente de las demás culturas; esto es la de que cada círculo cultural está totalmente separado de los demás círculos, sin tangencia alguna entre ellos. Menos aún se admite hoy su aserto de que las culturas mueren sin dejar ninguna herencia, convirtiéndose en fósiles de la historia. Con lo cual, lógicamente, nos lleva a un relativismo historicista, negador de verdades universales, de aspiraciones y valores omnipresentes en todos los pueblos.

Hoy, al contrario, se afianza cada vez más la afirmación de que el pensamiento de Occidente, y más acentuadamente en filosofía, no puede ser entendido en su plenitud sin ubicarlo en el conjunto del pensamiento humano, en cuanto éste permite ser estudiado históricamente.

Filosofía oriental se llama de un modo general, como expresa Ferráter Mora, al pensamiento de los pueblos de Oriente, desde los que están geográfica y culturalmente más próximos a Europa, como Egipto, Siria, Arabia, hasta los que se hallan situados a mayor distancia de ella: India, China y Japón.

De las 19 grandes culturas señaladas por Toynbee, cuatro sobresalen entre otras de Oriente. Son las que Weber llamó "los cuatro pilares de la historia", sobre los que había de asentarse el edificio colossal levantado por el hombre en el curso de los siglos. Egipto, Babilonia, India y China tienen para el pensamiento de Occidente importancia decisiva. Hoy mismo en nuestra filosofía occidental se advierten resquicios de aquellas profundas concepciones de Oriente, transmitidas mediante la rica herencia del mundo greco-romano.

LA ESPECULACION METAFISICA EN EL PENSAMIENTO HINDU

Múltiples y copiosas disertaciones se requerirían para desentrañar el contenido filosófico del pensamiento de la India y su incidencia en la cultura de Occidente.

En el pensamiento de la India se encuentran problemas filosóficos expresamente presentados, y con respuestas que llevan el sello de una concepción personal tendiente cada vez más a una profundización metafísica; si bien la filosofía india nunca llega a perder por completo su conexión con la religiosidad.

Los Vedas, los Brachmanas y los Upanishadas son las fuentes del conocimiento de la filosofía india.

En los himnos del Rigveda, el más famoso de los Vedas, aparece ya el problema del "**DE DONDE**", esto es del origen primero del Universo, inclusive de los mismos dioses. "Por qué existe algo y no nada", es uno de los interrogantes de la metafísica de Occidente, que se encuentra hace milenios en la especulación india. "Qué había, se dice en el Rigveda, cuando no existían ni la naturaleza ni el ser, cuando no existían ni la muerte ni la inmortalidad, ni el hombre ni dios; como los dioses son posteriores, de dónde ha salido la creación". Y se ensaya una respuesta, que viene a ser un punto intermedio entre una imagen conocida por el mito y un esquema conceptual. Aquello de donde todo se origina fue un oscuro e indiferenciado oleaje. Nos recuerda esto la teoría del "caos", del "vacío", en la Teogonía de Hesíodo, o del "apeiron" de Anaximandro, con que se quiere hacer concebible aquella "nada" opuesta al "algo" determinado y, sin embargo, de la cual llega a salir el "algo".

LA TEORIA DEL SACRIFICIO

En el análisis del pensamiento religioso especulativo de la India mucho más importante que la adoración de seres divinos es su teoría del sacrificio. El sacrificio implica actos simbólicos que tienen valor de magia, y la naturaleza obedece porque el orden de las cosas coincide con las leyes estrictas del rito. El sacrificio es más verdadero que la realidad; pues ésta no es sino un testimonio exterior de ese orden representado principalmente por el culto. El ser depende así del acto, principio sin el cual resultaría ininteligible la evolución del pensamiento indio.

Si el ser depende del acto —Hegel dirá que el ser depende del pensamiento racional—, puede el hombre adquirir poder creador mediante aquella fuerza íntima que es posible despertarla y acrecentarla por medio de la tensión de la voluntad, la ascética y el ejercicio del espíritu. De ahí la supremacía del brachmán, el sacerdote que conoce los ritos, las prácticas del sacrificio y sus efectos mágicos, y que ha conocido la ciencia de penetrar en las profundidades del yo, en los repliegues de sí mismo.

EL PRINCIPIO DE TODO SER

Una de las ideas centrales de la especulación filosófica india es lo **brachmánico**, principio primitivo de todo ser, y que no es, por consiguiente, el dios personal Brachma de la religión popular hindú. Frente a lo brachmánico, único y universal, está la pluralidad de las cosas, que se distinguen y se diferencian mediante nombres y figuras. Lo brachmánico actúa en todas las cosas, las penetra y está presente, lo mismo en lo ínfimo particular que en la creación entera. Si lo brachmánico está en todas las cosas también está en el **yo**. En el propio **yo** es donde se abre para el filósofo indio el camino hacia lo brachmánico. La mirada dirigida al exterior no sólo separa unas cosas de otras, sino también el sujeto del objeto.

La vuelta sobre sí mismo, la profundización en la interioridad, es el único arbitrio que suprime esta distinción y permite la unión del **yo** con el ser del universo. Este ahondamiento en el interior del **yo** tiene que ser más profundo que la misma conciencia. De este modo, el hombre encuentra en sí mismo lo brachmánico, el fundamento divino de todas las cosas.

LA LEY DEL KARMA

La doctrina de la transmigración es también fundamental en el pensamiento indio. El alma después de la muerte del cuerpo no desaparece, sino que nuevamente se une a otro cuerpo, sea de un hombre, de casta superior o inferior, sea de un animal y hasta de un dios. La forma de la vida posterior, en que ha sido reencarnada una alma para vivir una nueva existencia, depende de la conducta del individuo en la existencia anterior. Una existencia honrada deviene en una vida superior; la conducta inmoral acarrea formas inferiores. La reencarnación es premio o castigo, no impuesto por un dios sino por una ley —**karma**—, que no es fatalista, como pudiera creerse en primera instancia. El hombre, en virtud del mismo **karma**, puede aspirar a formas de vida superior y conseguirlas mediante una conducta y un pensamiento justos.

El **karma** es la ley del mundo moral, según anota F. Sciacca; pues el hindú admite tres mundos distintos: el mundo físico sometido a la ley de la causalidad física, el mundo moral sometido al **karma**, y el mundo espiritual sometido a la ley del amor y de la abnegación. El **karma**, en cuanto ley del universo moral, supone la creación de un efecto y el retorno de ese efecto sobre aquel que lo ha causado.

"La idea del **karma**, explica Jean Herbert, uno de los más reputados indianistas, es tan simple como lógica; es el axioma de que toda

acción debe acarrear sus frutos a quien la ha realizado; todo lo que nosotros soportamos, de bien o de mal, es la consecuencia directa de ciertas acciones que hemos llevado a cabo en una existencia determinada".

Es de advertir que en la filosofía hindú las acciones verificadas en una determinada etapa vital no producen necesariamente sus frutos en la misma existencia; es preciso, a menudo, esperar largo tiempo hasta que surjan las consecuencias. No hay, por consiguiente, nada de extraño en que a veces el crimen quede en la impunidad o la virtud sin recompensa. En esta vida soportamos las consecuencias de acciones realizadas en anteriores vidas y que todavía no han recibido su retribución. Y si nuestra conducta de hoy no surte aún sus efectos, favorables o nocivos, en períodos ulteriores, esto es en vidas sucesivas habremos de cosechar aquello que hemos sembrado.

Maeterlinck consideró la ley del **karma** como el principio moral más elevado, más justo e invulnerable que haya podido proponerse al hombre.

EL SENTIDO DE LA LIBERACION

En su angustia de supervivencia, el hombre considera la vida como pura servidumbre y como incansable devenir que nos arrastra en infinitos nacimientos y muertes, en una concepción similar a la del **pantarei** de Heráclito.

El problema de la salvación para el indio es más filosófico que religioso. Hay que hallar un camino para la liberación; y para ello hay que salir de las condiciones naturales, desprenderse, por así decirlo, de su naturaleza empírica escapándose de sí mismo. La liberación mediante el dominio de sí mismo confiere al hombre el imperio sobre el mundo, dice el yogui, planteando un problema inaudito y paradógico, y acometiendo una empresa única en la historia del pensamiento. Se intenta unificar y dominar el conjunto de las actividades vitales hasta proyectar las capacidades de percepción fuera del cuerpo, a distancia y lejos en el tiempo, en dirección al pasado y el futuro.

Este como renunciamiento al mundo sensorial, esta concentración interior, condujeron al **NIRVANA**, como una supresión radical de las condiciones empíricas de la existencia. Y habían de conducir también a un relativismo acaso más acentuado que el de Protágoras o Berkeley. Lo que parece real en este mundo transubjetivo es pura ilusión, **maya**, simple fenomenismo sin sustancias. De todo esto surge un profundo anhelo, metacósmico de inmersión en lo que está más allá de este universo, y que es llamado por la filosofía bídica "lo no

devenido, lo no hecho, lo no configurado"; o allá donde, según los Vedas, "no hay ser ni tampoco no ser", en una concepción metafísica de extraña profundidad. Acaso aquí está la explicación del aserto spengleriado, a propósito de que el **cero** es el símbolo de la matemática y la filosofía hindúes.

LA FRAGILIDAD DE LAS COSAS

El espíritu hindú, enfrentado con el devenir incesante y vario del cosmos, tiene ansia de alcanzar lo **inmutable**, quiere superar lo relativo, para llegar a lo absoluto. Conturba al hindú, como al existencialista contemporáneo, la fragilidad de su propio ser, tanto como de las cosas circundantes; y quiere inebriarse de absoluto, de infinito, de eterno.

He aquí cómo se lamenta Buda, en tono poético, de la caducidad de las cosas y de nuestra visión ilusoria de la realidad:

"La criatura más agradable y más amada desaparece para siempre, y no volvemos a verla, parecida a las hojas y frutos del árbol y arrastrados por la corriente del río. Todo compuesto es perecedero; es el vaso de arcilla que se rompe al primer choque. Todo compuesto es sucesivamente efecto y causa; no existe ningún ser que no proceda de otro, y de ahí la aparente perpetuidad de las sustancias; pero el sabio no se deja engañar; reflexionando, advierte que todo compuesto, toda agrupación, no es más que el vacío, que es lo único inmutable."

Malhaya la juventud que la vejez destruye; malhaya la salud amenazada por tantas enfermedades; malhaya la vida donde el hombre permanece tan pocos días. La juventud, la salud y la vida son como la ilusión de un sueño.

Haciendo ver a las criaturas obscurcidas por las tinieblas de una profunda ignorancia la claridad de la ley, tendrán la mirada que percibe claramente las cosas y el rayo deslumbrador de la sabiduría, y la visión de la ley sin cambio, miseria ni dolor".

ANTECEDENTES DE LA MÍSTICA CRISTIANA

No es difícil hallar en este estallido del alma hindú el antecedente de la mística cristiana occidental, cargada de acentos árabes y judíos. Raimundo Lulio, considerado como el padre de la mística española, más que asceta y cristiano, con matices heterodoxos, más que el filósofo del ARS MAGNA, es el iluminado que busca la relación directa del alma con Dios, para anegarse en la divinidad y la gracia, en un apagamiento de la actividad individual.

El místico de Occidente, con similar acento hindú, intenta trascender su propia limitación para alcanzar y poseer en Dios y con Dios

la verdad suprema. Realiza un esfuerzo para transhumanarse, para vencer o anular en sí las limitaciones constitutivas de la humanidad, abriéndose, por así decirlo, a la vida misma de Dios, en una como identificación de lo humano con lo divino; identificación que llevó a místicos heterodoxos, como Miguel de Molinos, al decir de Vossler, a un panteísmo de claro perfil oriental.

LA FILOSOFIA HINDU Y EL NEOPLATONISMO

El neoplatonismo, el último gran sistema del mundo helénico, plantea el problema metafísico del ser, recogiendo influencias de las religiones orientales y de la filosofía hindú. El egipcio Plotino, su fundador y más alto representante, sostiene un panteísmo emanatista, de inconfundible acento indio. Dios es la unidad absoluta; es el ser superior a toda forma o modo particular, afirma Plotino. No es ninguna cosa determinada: ni cualidad, ni cantidad, ni entendimiento, ni alma, ni móvil, ni inmóvil, ni en un lugar, ni en el tiempo; trasciende el ser y la esencia de todo.

Aunque en lenguaje estrictamente filosófico, Plotino sostiene una concepción similar a la del budismo, en cuanto al principio de las cosas: "lo no devenido, lo no hecho, lo no configurado".

Hay también un eco de la filosofía hindú en la creación emanatista de Plotino. La creación no es un acto de voluntad, que implicaría un cambio de la esencia divina. Es un proceso de emanación, afirma Plotino, semejante a la manera como la luz se difunde en torno al cuerpo luminoso, o como el perfume emana de una flor. La primera emanación del Uno es el intelecto, el **nous**, como mundo de las ideas, al modo platónico. Del intelecto procede la segunda emanación, el alma del mundo, vivificadora y animadora de todas las cosas, y de la cual participan las almas individuales. El grado ínfimo del ser es la materia, origen del mal y de la imperfección. El alma humana tiene que liberarse de la materia, que es como su cárcel y su tumba. El **éxtasis** es una posibilidad para que el alma se desprenda de la materia y se una a la divinidad, confundiéndose con ella misma, ya que el alma, procedencia de Dios, tiene como fin último el retorno a Dios.

Siglos más tarde, el panteísmo de Plotino se refleja en el pensamiento de Baruch de Spinoza, el insigne judío de Amsterdam. No hay más que una sola sustancia, afirma Spinoza; es Dios del cual derivan todas las cosas, no mediante un acto creador, sino en virtud de las leyes de la naturaleza divina. Nada está, pues, fuera de Dios, porque todas las cosas son **natura naturata**, esto es manifestaciones particulares de la esencia divina.

"Todo está en Dios, todo vive y se mueve en Dios", expresa Spinoza en su inmortal libro *ETHICA ORDINE GEOMETRICO DEMOSTRATA*; lo que hizo decir a Renán en la inauguración de la estatua de Spinoza, en la Haya, en el segundo centenario de su muerte: "En los siglos venideros el viajero cultivado que pasará por aquí, se dirá en lo íntimo de su alma: la visión más verídica que se puede haber tenido jamás de Dios ha nacido quizás aquí".

OTRAS INFLUENCIAS DE LA FILOSOFIA HINDU

Menos alejado de nosotros en el tiempo, Federico Von Hardenberg, conocido con el nombre célebre de Novalis, poeta y filósofo, renueva tesis de ancestro oriental, desde el ángulo del poder creador del hombre, cuyo espíritu proyecta hacia afuera su vida interior, dilatándose hasta el Infinito. Novalis se sitúa en una especie de idealismo mágico, al asignar al hombre una voluntad creadora de la naturaleza, omnipotente, dueña de su propio cuerpo y al mismo tiempo del mundo.

El mundo es, por tanto, para Novalis "un índice enciclopédico y sistemático de nuestro espíritu, una metáfora universal, su imagen simbólica". Filosofía y poesía son las únicas dominadoras de la naturaleza porque en ellas actúa el hombre total. Desde el momento en que entra en acción el puro saber, el simple intelecto, cesa la actividad creadora y se vuelve imposible la comprensión de la realidad. La concentración interior, la actitud contemplativa que predica el filósofo hindú son para Novalis, unidas a la voluntad, las que pueden levantar el velo de Isis y penetrar en su misterio.

Este universo tangible es **maya**, ilusión, repite el filósofo hindú; y Shopenhauer, en pleno siglo XIX, concibe el mundo como voluntad y representación, para afirmar que los fenómenos son apariencias, ilusión, sueño. En el centro de la filosofía romántica de Shopenhauer se levanta la voluntad, que es la única realidad; pero no una voluntad finita, individual y consciente, sino la voluntad infinita, una e indivisible, independiente de toda individuación, que vive así en el hombre como en cualquier otro ser de la naturaleza. El saber de salvación que distingue a la filosofía hindú se encuentra claro en la filosofía de Shopenhauer. Para él la única salvación definitiva es la superación de la voluntad de vivir. Si la voluntad individual se anula, podemos entrar en el **nirvana** poniendo fin al dolor, al descontento del deseo, siempre insatisfecho.

En atisbo de incidencias del pensamiento oriental, bien podrían analizarse las concepciones de Nietzsche, Bergson, Klages, y de tantos otros filósofos de las corrientes neo-románticas e irracionalistas, que

subestiman el poder de la razón como órgano del conocimiento, y piensan que la vida es la fuerza primaria que no debe dejarse regir por el intelecto, porque existen en el hombre potencias más hondas como el instinto, el sentimiento, la intuición, mediante los cuales podemos penetrar directa e intimamente en la realidad. Para estos pensadores, de innegable inspiración oriental, el máximo valor no está en el conocimiento científico de lo existente y de lo que ha existido en el pretérito, sino en la vida, considerada como superior desenvolvimiento y plena perfección de las fuerzas íntimas, que deben ponerse al servicio de los ideales de la existencia. La filosofía ha de partir de la experiencia vital inmediata. La vida, que es algo irracional e imposible de ser comprendida por el intelecto, necesita lo irracional, lo misterioso, el anhelo de infinito como atmósfera y fuente más íntima de fuerza. Bien podrían ser sostenidas estas afirmaciones por la filosofía hindú, con su sentido de la acción emanada de lo inconsciente y lo instintivo, sostenida por la fe en el valor y sentido de la vida y la realidad.

Nuestro mismo Vasconcelos tiene en su vigorosa obra filosófica concepciones metafísicas de ascendencia plotiniana y oriental, con una cierta inspiración religiosa. Sus "revoluciones de la materia" tienen acento emanatista; pues el cuadro del Universo se ofrece como formado por un proceso de ascensión" desde la partícula de existencia que vibra en el átomo, como él expresa, hasta la total existencia de lo Inefable".